Robert Zaretsky y John Scott, *La querella de los filósofos. Rousseau, Hume y los límites del entendimiento humano*, 2009, Barcelona, Biblioteca Buridán, 312 pp.

RECEPCIÓN: 12 de marzo de 2015.

APROBACIÓN: 10 de diciembre de 2015.

No se puede entender la ruptura entre David Hume y Jean Jacques Rousseau y el conflicto que esta ocasionó si no nos asomamos a la Europa del siglo XVIII, una época en la que filósofos y escritores eran celebridades, y las circunstancias de su vida aparecían en los periódicos y se comentaban ampliamente en los salones y cafés de todo el continente. Solo así es comprensible que la disputa entre dos hombres, cuya amistad duró apenas seis meses, causara tal conmoción en la sociedad e incluso que hubiera editores deseosos de publicar la correspondencia y los escritos en los que se narra el conflicto.

Tomando como pretexto la querella entre Hume y Rousseau, Zaretsky y Scott entran en el mundo de los debates históricos que rodean a la Ilustración y, con ello, en las ideas de dos ilustrados. El libro se ocupa de la extraña serie de acontecimientos del entorno de los dos filósofos, contextualizada en el ambiente intelectual y las costumbres de la época, y al mismo tiempo narra brevemente la vida de los tres principales actores.

El diario de James Boswell, joven impetuoso, inquieto y amante del saber, sirve como hilo conductor inicial para presentar la vida de los participantes en el conflicto. El viaje comienza con la visita que realiza a Rousseau en su refugio de Môtiers, Suiza, adonde se había retirado a causa de la orden de aprensión que pesaba sobre él en Francia. En su exilio llevaba una vida tranquila y reservada, apartado en lo posible de la sociedad que lo corrumpía. La visita de Boswell perturbó su retiro, pero Rousseau no había dejado de escribir.

Boswell visitó también a Voltaire, que en ese momento vivía en Ferney, en la frontera de Francia con Suiza. Voltaire y Rousseau, que habían sido amigos cercanos, terminaron distanciándose en una enemistad intelectual y personal.

RESEÑAS

Este conflicto empeoró con las *Cartas escritas desde la montaña*, de Rousseau, en las que hace una defensa apasionada del *Contrato social* y acusa a Voltaire y los *philosophes* de intolerantes e hipócritas. Además, pone en duda la autoridad del Pequeño Consejo de Ginebra, el órgano gobernante de la ciudad, mostrando su desprecio por lo religioso. Por la denuncia de Voltaire ante el consejo, en septiembre de 1765 Rousseau tuvo que abandonar su refugio de Môtiers y, siguiendo las sugerencias de la condesa de Boufflers y lord Keith, aceptó la hospitalidad y la ayuda de David Hume, a quien todavía no conocía personalmente. La denuncia de Voltaire desencadenó (¿o extendió?) la psicosis persecutoria que sufrió Rousseau el resto de su vida.

Rousseau ya había perdido la cordura. Sospechaba de todo y de todos aun cuando la única amenaza real era la orden de aprehensión dictada por el parlamento francés, la cual no se ejecutó ni siquiera durante su doble estancia en París, conocida de toda la sociedad local.

El *bon David* conoció a su protegido en París, donde permanecieron dos semanas. Hume quedó profundamente impresionado por la personalidad y la singularidad del hombre que se presentaba vestido con un caftán y que era admirado en los más altos círculos y salones parisinos. Después de cruzar el canal, pasaron un tiempo en Londres, donde asistieron a una representación de la obra de Voltaire, *Zaïre*, y a diferentes presentaciones públicas a las que Rousseau concurrió de mala gana, hasta marzo de 1766, cuando pudo retirarse a la propiedad de Richard Davenport en Staffordshire.

El filósofo francés se sintió humillado cuando se enteró de que Hume había pagado de antemano el viaje en carruaje a Wootton y lo atribuyó a que participaba en una maquinación en su contra. Sin embargo, el detonante definitivo que inició la confrontación pública fue la carta satírica de Horace Wootton, supuestamente escrita por Federico el Grande, rey de Prusia. En la carta, “Federico” ofrece su reino a Rousseau como lugar de exilio a condición de que dejara “de encontrar glorioso el hecho de ser perseguido”.

Todas las atenciones de Hume se estrellaron contra el carácter bipolar del ginebrino. Después de un largo periodo de reflexión y convencido de que Hume lo traicionaba, Rousseau lo acusó de las más “negra de todas las traiciones” y de formar un triunvirato con Voltaire y D’Alambert en su contra. Ante la solicitud de Hume de una explicación, le escribió una larga carta, de 38 páginas manuscritas, en la que expone las razones por las que rechaza su amistad y lo califica de traicionero y el peor de todos los hombres.

Por temor a que el filósofo suizo divulgara su carta de reclamo, Hume, después de consultar ampliamente a sus amigos, publicó una defensa apasionada de su conducta, a la cual Rousseau nunca respondió, junto con toda la correspondencia mantenida entre ambos. A partir de ese momento, el autor del *Contrato social* guardó riguroso silencio, como lo había prometido. Sin embargo, la disputa ya era pública, los *philosophes* tomaron bandos y, en el trayecto, el conflicto terminó afectando la fama de ambos filósofos.

Rousseau volvió a Inglaterra y pasó casi tres años en el castillo del príncipe Conti, protegido de la ley y de sí mismo, de manera relativamente aislada, en compañía de su perro Sultán y preparando sus *Confesiones*, un compendio reflexivo de toda su vida. En 1770 regresó a París, con autorización del Parlamento, a condición de que no publicara más obras. Un par de años más tarde se retiró con su esposa, Thérèse Levasseur, a la finca del marqués de Girardin, donde murió de una apoplejía.

El libro de Zaretsky y Scott se presenta como una narración histórica e interpretativa de los sucesos acaecidos desde el otoño de 1765 hasta la muerte de Rousseau, el 2 de julio de 1778. La parte histórica predomina, pero en los últimos capítulos se interpreta su querella con Hume como una contienda entre dos posturas contrarias sobre la razón y la verdad. Para los autores, ambos filósofos tenían maneras diametralmente opuestas de entender la razón y el papel de las pasiones en la comprensión de la verdad. Por extraño que parezca, la razón, basada en evidencias tangibles, era el arma principal de Hume, mientras que Rousseau establecía como criterio de verdad la íntima certeza a la que había llegado su corazón.

El convencimiento interno que sentía Rousseau hacía imposible que se equivocara en sus reflexiones, pues, tras apelar a su propio corazón, declaraba vanos toda objeción o diálogo. Ya que vivía apartado del mundo y ya que el mundo se apartaba de él por las maquinaciones de quienes conspiraban en su contra, recurría a lo que mejor conocía, a la fuente misma de su conocimiento: sus propios sentimientos. No rechazaba la evidencia y el testimonio de sus sentidos, pero solo él sabía lo que había experimentado y sentido y ello le enseñaba el valor y la verdad de lo ocurrido.

Por su parte, Hume reivindicaba los derechos implícitos que le otorgaban los procedimientos protocolarios y probatorios de un tribunal inglés. Invocando el espíritu del *habeas corpus*, Hume deseaba enfrentarse a sus acusadores y tener la oportunidad de demostrar su inocencia más allá de toda duda. “De una forma tranquila y parsimoniosa, el escocés expresó sus convicciones

RESEÑAS

más profundas respecto a la razonabilidad de confiar en la razón: aunque pretendamos que es la razón lo que dirige nuestras vidas, declaró, son en realidad el hábito y la pasión los que la dominan. Incluso para los pocos afortunados guiados por el imperio de la filosofía, el alcance de la razón es muy pobre y limitado.”

“Los dos hombres habían llegado a un extraño punto muerto: Hume, el escéptico, insistía ahora en el sentido común, en los hechos objetivos, mientras que Rousseau defendía una cierta relación de ideas.” Los hechos eran innegables para Rousseau. Largas y fatales miradas que sentía que se posaban sobre él; los golpecitos en la espalda con la repetición constante de una exhortación: “Vamos, vamos, señor”, con la que Hume lo interpelaba para calmar sus sospechas de traición; y, sobre todo, las palabras que oyó en la primera noche después de su salida de París cuando dormía en la misma habitación que Hume y lo oyó pronunciar varias veces en francés y con gran vehemencia: “Ya te tengo, Rousseau”. Para el ginebrino, no podía haber otra explicación posible que una larga y bien planeada conspiración para desacreditar su persona.

La validez de esta particular deliberación solo residía en la mente de Rousseau: su mundo estaba impregnado de una trascendencia inmensa y misteriosa, mientras que el más común de los gestos, de las palabras, de los actos se hallaba dotado de un significado tremendo y solo accesible para él. Era el preludio de la transición de la Ilustración hacia el romanticismo.

En resumen, es un libro de fácil y agradable lectura que muestra los pormenores de la querella de los filósofos Jean Jacques Rousseau y David Hume, salpicada por las intervenciones de Voltaire. Sin embargo, posiblemente el subtítulo de la obra (Rousseau, Hume y los límites del entendimiento humano) sea un poco presuntuosa, pues aunque los autores analizan hacia el final del libro las posturas filosóficas que alimentaron el conflicto, no profundizan en lo que ellos mismos anuncian como parte de su objetivo, es decir, presentar, aunque sea brevemente, los límites del entendimiento humano de acuerdo con la percepción de cada uno.

JOSÉ ALEJANDRO ORDIERES SIERES
Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México